

EL TANGARA O "BAILARIN", *CHIROXIPHIA* CAUDATA

POR RODOLFO VON IHERING

El color predominante del macho es azul, con la cabeza escarlata y de color negro la frente, el cuello, las alas y la cola; ésta tiene las dos plumas medianas un tanto más largas y de color azul. La hembra es verde, lo mismo que el macho joven. Todos los cazadores que observaron estos pajaritos en el bosque, durante sus danzas, describen, encantados, la delicadeza y la gracia de tal espectáculo.

Reunidos en gran número, siempre en un claro de bosque, cantan y bailan los «tangaras» machos, alternándose los participantes en esta singular exhibición de elegancia y agilidad. Un silbido agudo señala el principio y después el final de la figura o del baile todo. Además de la especie descrita, hay otras de la misma familia que también bailan. Así se explican, en parte, las diferencias entre las descripciones, escasas por otra parte, que relatan minuciosamente esta encantadora diversión de los pajaritos de bosque — al contrario de lo que sabemos respecto del «Gallo de Pará», cuya danza fué observada en todos sus detalles por Humboldt y Schomburgk. También el Dr. H. von Ihering describió la danza del Tangara, que observó en Río Grande do Sul (Estudio de las Aves de Taquara del Nuevo Mundo, en *Zeitschrift f. gesamte Ornithologie*, 1885, periódico éste que por ahora no podemos consultar).

Goeldi refiere haber presenciado varias veces la danza del tangara azul, *Chiroxiphia caudata*, casi siempre después de las primeras horas de la mañana:

«Un macho, o varios de ellos, hacen oír, desde diferentes puntos, como un *tiú tiú bre e*, que parece ser una señal de llamada, luego varios participantes surgen de la maleza, aproximándose hasta posarse en una o varias ramas bajas muy cercanas.

«Uno de los tangaras, posado de preferencia sobre una rama inclinada, inicia la danza con un *tra-tra* muy distinto, volando al mismo tiempo y describiendo una pequeña curva hasta posarse en otra rama. Todavía no está posado cuando surge otro figurante que vuela en la misma forma, emitiendo su *tra-tra*, y ubicándose en un lugar próximo. La misma maniobra es ejecutada sucesivamente por todos los pájaros reunidos allí y el concierto se prolonga durante un cuarto o media hora, sin interrupción. Al final uno de

los tangaras emite un silbido agudo, muy estridente, el que significa el final de la danza. Esta se repite varias veces en lugares distintos del bosque. por lo que pude comprobar, parece que solo los machos bailan».

La danza de otra especie de Tanágrido nos fué referida por nuestro estimado amigo, Dr. J. Barbosa de Barros. No obstante tratarse de un episodio de caza que presencié el distinguido cirujano hace muchos años en los bosques de Jaguary, cerca de Campinas, Est. de S. Pablo, el gracioso espectáculo le impresionó de tal modo, que todos los cuadros de la escena encantadora le quedaron para siempre grabados en la memoria.

No hemos podido identificar la especie de Tanágrido a que se refiere la descripción del Dr. Barboza, y que por la coloración general parecería tener una vaga semejanza con el «Tico-tico» (*Brachyspiza*); los dos sexos no se diferenciaban por el color, teniendo los machos un pequeño copete, que levantaban en los momentos de mayor excitación.

Al revisar el bosque tupido, el compañero del Dr. Barros lo detuvo, para que oyera a los tangaras. Acercándose con cautela vieron una docena de estos pajaritos posados en fila sobre un «cipó» que se extendía de un árbol a otro; a un lado estaba un figurante aislado y un poco más lejos una hembra. Pero al ruido de una ramita pisada, el individuo aislado lanzó un grito más estridente y todos los demás se quedaron quietos en seguida. No percibiendo peligro, después de un rato el mismo «traspunte» hizo una nueva señal y se reanudó la danza. Los pajaritos colocados en fila y juntos, movíanse lentamente de derecha a izquierda, acompañando los movimientos con un suave piar. Llegado el bailarín de la izquierda a una bifurcación o nudo del «cipó», este figurante voló hacia la hembra, juntándose los picos como imitando un beso, ofrecido y recibido con toda gracia y volviendo después al «cipó», posándose a la derecha, como último de la fila. Los demás participantes habían continuado con sus movimientos y luego el pájaro de la extrema izquierda se trasladaba al mismo sitio del «cipó» y de ahí volaba hacia la hembra para depositarle en el pico su caricia, después de lo cual, volvía, a su turno, a posarse último de la fila.

Así sucesivamente, cada pajarito, actuando nuevamente a su vez, rendía homenaje a la novia, por todos festejada. Cerca de media hora se prolongó el delicado entretenimiento de los pajaritos y éstos no se cansaban, ni alteraban sus maniobras. A cada ruido producido intencionalmente por los dos observadores escondidos, correspondía en seguida una señal enérgica del «traspunte» y todo se suspendía, hasta que una nueva señal hacía reanudar la danza, la que solo terminó con la fuga de todos después de un ruido más fuerte.

La siguiente descripción de la danza del tangara, *Chiroxipha caudata*, se basa en repetidas observaciones de nuestro cuñado, Sr. Jorge C. Azevedo, cazador apasionado, quien anotó detenidamente todas sus fases, con el propósito de transmitirnos sus observaciones: «Solamente en los meses

de Agosto y Septiembre he contemplado el curioso espectáculo en los bosques de Serra do Mar, entre Santos y S. Pablo, y los 6 u 8 figurantes eran siempre machos. El «traspunte» o director, no baila, limitándose a dar las dos señales, una para el comienzo y otra para la interrupción de la danza. Los demás participantes se hallan posados en hilera, a lo largo de una rama, y al primer *te-te-te-te* del director, se alzan en el aire, como aleteando a un palmo y medio de altura, para bajarse y apenas posados un momento vuelven a levantarse. Este movimiento de ascenso y descenso, los varios pajaritos lo ejecutan simultánea, pero desordenadamente, al mismo tiempo que emiten un gorgojo apagado y continuo. Durante medio minuto se exhiben así, hasta que una señal, idéntica a la primera, les obliga a parar. Después de un corto descanso, se repite la misma maniobra, y así por dos o tres veces. Finalmente el grupo se disgrega, volando hacia la espesura y, picoteando frutitas o insectos se entretienen los lindos pajaritos, para después de algún tiempo repetir la danza en el mismo sitio y, eventualmente, todavía una vez más, después de un nuevo intervalo».

Como se ve, esta observación difiere sensiblemente de la referida más arriba. Es muy probable que otros cazadores hayan presenciado danzas a su vez distintas en un todo, o en los detalles, por lo que creemos que los «tangaras» no se ciñen realmente a un «bailado clásico», sino que de acuerdo con la fantasía de las diversas tribus, unas adoptarán el minué, otras el vals y aún el tango...

(Del «Diccionario da Fauna do Brasil», que publica el «Boletim de Agricultura», S. Paulo).

NOTA SOBRE LA AGACHONA, THINOCORYS RUMICIVORUS

Por CHARLES F. BELCHER

El 5 de diciembre de 1935, encontrándome en Pilcaniyeu, gobernación del Río Negro, tuve la suerte de dar con un nido de agachona (*Thinocorys rumicivorus rumicivorus* Esch). Acompañé una fotografía de este hallazgo en que se ven los huevos de tamaño natural.

El lugar era un pedazo de terreno plano en el fondo de un valle en un campo abierto y ondulado, cuyas tierras circunvecinas tienen señales evidentes de haber sido cultivadas. Había visto al pájaro volver del mismo lugar próximamente, dos o tres veces, pero había tratado en vano de hallar el nido. Por último, en un día de viento fuerte, decidí, marchando cara